

1,2,3
¡CUÉNTAME!

LOS ÁNGELES ESTÁN ALEGRES ¿POR QUÉ?

En nuestro programa anterior, hablamos de los ángeles. Pablo y Léa le hicieron preguntas a Francisca sobre los que se han rebelado contra Dios, Satanás y los demonios, y los que sirven a Dios. Un día, Jesús habló de esto a la multitud que lo rodeaba. Contó una pequeña historia, una parábola, y reveló lo que está sucediendo en el cielo, que ni tú ni yo podemos ver ni adivinar. Explicó que en determinados momentos los ángeles de Dios se regocijan, que tienen una gran alegría.

Pero, ¿qué crees que puede provocar tanta alegría en el cielo? ¿Qué está pasando en la tierra? Esto es lo que descubriremos ahora al escuchar la historia de una mujer que perdió un objeto muy valioso. Esta es la parábola que Jesús contó ese día, la encontrarás en el capítulo 15 del Evangelio de Lucas.

PERDIDA, ENCONTRADA

Una mujer tenía diez monedas de plata.



- Realmente me preocupo mucho por estas monedas, decía a menudo, son de gran valor para mí. Me las dieron el día de mi boda, es mi mayor regalo. Son maravillosas. Brillan; a menudo las froto para que no pierdan su brillo. Las até a una cadena, hacen un hermoso collar. Cuando hay fiestas en el pueblo, me lo pongo, pero tengo mucho cuidado.



Un día... ¡qué mala sorpresa!

- ¡Oh! ¡Oh! Pero, ¡solo quedan nueve! ¿Pero, cómo es posible? ¡Sí, me falta uno! Había diez monedas la última vez, estoy segura. ¿He perdido una? Sin perder tiempo, busca a su alrededor, pero no ve nada.



- Bueno, tengo absolutamente que encontrarla. Voy a encender esta pequeña lámpara, veré mucho más claro.

Comienza una búsqueda sistemática en la casa. Examina la mesa, los asientos, la alfarería, los jarrones uno tras otro.

- ¡De verdad, no la veo! Quizás esté en un rincón o debajo de una alfombra. De todos modos, tengo absolutamente que encontrarla.



Coge la escoba y comienza a limpiar cuidadosamente el suelo. Sacude las alfombras, barre atentamente debajo de todos los muebles, con la esperanza de ver un pequeño reflejo plateado, un destello.



Un pequeño tintineo la hace saltar.

- ¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡La he encontrado!, grita.

La coge y la frota con un paño.

- Está bien, mi monedita, has recuperado todo tu brillo. Brillas como las demás. Así que ahora podré volver a ponerte en tu sitio. Sabes, estaba asustada, pensé que nunca podría encontrarte.



Entonces, la moneda vuelve a ocupar el lugar que le corresponde en el collar.

- Voy a ver a mis amigas y a todos mis vecinos. Les voy a contar lo que me acaba de suceder y cómo encontré mi moneda perdida y, todos juntos, podremos alegrarnos.

Y se va a casa de sus amigas.

- ¡Oh, qué bien! dicen. Nos alegramos mucho por ti. No podías quedarte sin encontrar esa moneda. Nos alegramos contigo porque la perdiste y ahora la has encontrado. Es realmente hermoso.



Lo celebran todas juntas.

Cuando Jesús terminó la historia de la moneda perdida, añadió:

- Del mismo modo, hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente, que le pide perdón a Dios y cambia de vida.

1, 2, 3, 4 ¡Y TÚ Y YO!

Me parece que Jesús nos enseña muchas cosas en esta parábola. Veámoslo juntos. ¿Qué representan estas monedas tan valiosas? Representan a todos los seres humanos, sea cual sea su edad o su raza. Todas las personas, todos los niños tienen un valor inmenso para Dios.

¿Cómo se perdió la moneda? No lo sabemos, pero es fácil imaginar a esta mujer que sigue buscando y buscando, sin descanso; lo revuelve todo, busca en los rincones más oscuros y pequeños, hasta que la encuentra. Verás, eso es lo que Dios está haciendo con nosotros. Nos busca porque vivimos lejos de Él. Estamos como perdidos para Él. Todos le hemos desobedecido de una forma u otra. Algunos incluso viven sin pensar en Él, sin intentar conocerlo, como si no existiera. Pero nos está buscando porque quiere encontrarnos. ¿Qué haces cuando encuentras lo que habías perdido durante mucho tiempo, en el fondo del armario por ejemplo? Le quitas el polvo, lo limpias. Esto es lo que hace Jesús cuando venimos a Él, cuando nos encuentra. Le pedimos que nos perdone nuestras desobediencias, nuestras faltas, nuestros pecados, nuestra maldad y Él, nos perdona; es como si nos estuviera limpiando de toda nuestra suciedad. Él lo borra todo, nos purifica y comenzamos una nueva vida con Él. Y es entonces cuando en el cielo



los ángeles se regocijan. Cada vez que un niño o un adulto se arrepiente y cambia de vida, hay alegría en el cielo, cantan los ángeles.

Yo lo hice hace varios años y tú también puedes hacerlo, solo o con tus padres o alguien que conozcas que quiera ayudarte para eso; entonces, en el cielo, los ángeles de Dios se alegrarán.

4, 3, 2, 1 ¡Y NOSOTROS LOS PADRES!

Todo ser humano sin distinción es precioso a los ojos de Dios, pero en la perdición eterna, por eso vino Jesús. Al morir en la cruz, aceptó nuestra condenación y así nos abrió el acceso al cielo, a la presencia de Dios. Pero es nuestra libertad y también nuestra responsabilidad aceptar o no la salvación que Él nos ofrece gratuitamente. Cada uno de nosotros debe tomar su propia decisión. Quizás su hijo ha entendido bien cuánto lo ama Dios y quiere salvarlo, así que ofrézcase acompañarlo en su proceso de arrepentimiento y fe. Los ángeles de Dios se regocijarán, el cielo estará celebrando por ese niño salvo.

Si no es el caso, continúe orando incansablemente para que su corazón se abra a la gracia de Dios.

